

ASI FUE, SENOR JUEZ

Arturo Trejo
(seudónimo: Tzitzmitl)

Siempre ha sido así.

Desde que tengo uso de razón las cosas pasan como han sido.

En primavera, el amo Gabriel toma una flor del pueblo y la deshoja, para que en invierno haya un nuevo habitante en San Francisco.

Siempre ha sido así.

Eso le pasó a Chole, la hija de doña Lupe, la viuda. Cuando apenas acababa los 14 años, le puso el ojo el amo Gabriel y a los nueve meses había otro chilpayate de ojos azules en San Francisco.

Yo pretendía a la Chole.

Nunca le hablé de amores, porque la veía muy linda, como mazorca tierna antes de la cosecha, fresca y apetitosa.

Puse una fecha para hablarle de casorio, pero un día antes, doña Lupe la mandó por agua al río y se tardó más de lo acostumbrado. Al regresar, venía pálida y rete revolcada. No traía el cántaro del agua. Ni hablar quiso. Se encerró en su cuarto y ya no la volví a ver sino hasta meses después. Cuando el frío arrecia y se busca gabán o mujer para estar calentito en las noches, traiba un chamaquito en brazos, güero, güero y con los ojos azules.

No me dolió, no sentí nada.

Pero lo de Juanita fue diferente.

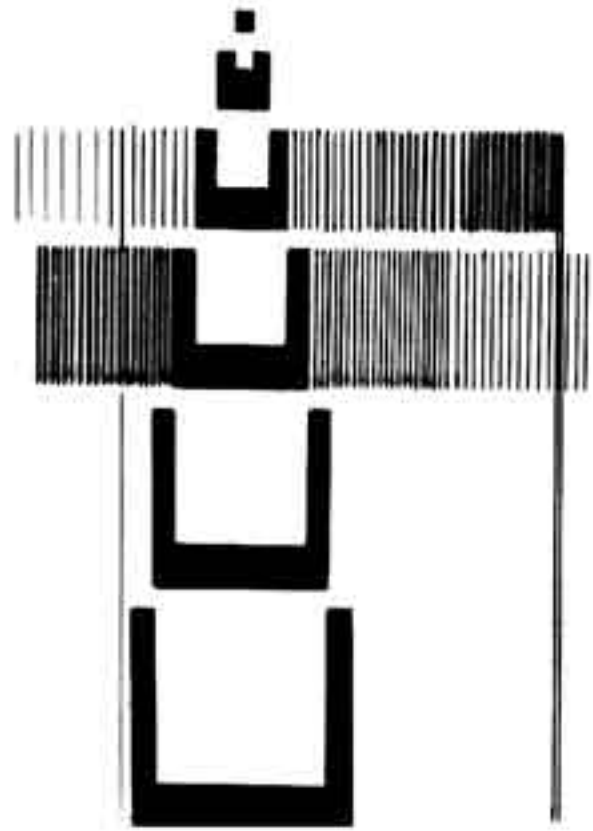
Los viernes ella acostumbra ir a lavar al río. Es todavía una niña, pero según los decires, es de las muchachas más lindas que ha dado el pueblo. Morena toda ella, como la yegua mojina de don Fidel, con la nariz respingada como la de su madre (q. e. p. d). A pesar de su edad, sus pechos son grandes y redondos, sus piernas fuertes y bien formadas, como las de todas las mujeres del pueblo, acostumbradas al ir y venir del río y a la caminata en la plaza de San Nicolás.

El viernes como de costumbre, fue a lavar al río, pero no regresó sino hasta ya entrada la noche, con la ropa desgarrada y lágrimas en los ojos.

Su padre no dijo nada, sólo cerraba y abría las manos, mientras gruesas gotas rodaban por sus mejillas, confundándose con la lluvia de junio que empezaba a caer.

Me dolió porque Juanita no era la misma. Ya no cantaba, a veces lloraba, tenía triste el corazón.

El tiempo pasó arrastrando el polvo entre las calles y entre el polvo se fue el odio, quedando el olvido como recuerdo de lo que había pasado.



Pero, fue un día domingo. Sí, fue un día de domingo.

Llegué a la cantina de don Gabilondo con la intención de tomar un buen mezcal, porque el frío estaba rete duro.

Ahí estaban Chema y Gregorio. Me senté con ellos. Al poco rato llegó el amo Gabriel con el comandante de policía y dos tipos más que no me acuerdo quiénes eran.

Empézaron a tomar y tomar. Después comenzaron habla y habla de Juanita; de que si tenía un lunarcito en el pecho, de que si se la volvía a encontrar lo volvía a hacer y no sé qué tantas cosas más.

Entonces sentí rete harto coraje y me iba a levantar para retarlo, pero Chema y Gregorio adivinaron mi intención y me detuvieron.

Nos salimos luego luego. Chema y Goyo se fueron a su casa; yo me quedé a esperar.

No sé cuanto tiempo tardaron en salir. Pero yo estuve ahí escondidito, junto a la puerta del correo, esperando.

Don Félix el comandante y los otros dos tipos se fueron rumbo al Palacio Municipal, mientras el amo Gabriel iba a su casa.

Yo, con la botella de mezcal en la mano, lo fui siguiendo sin que se diera cuenta. Sentía que la cabeza me tronaba, no sé si por la muina o por la borrachera, pero lo fui siguiendo.

Al pasar por la tienda de don Sebas, el amo Gabriel se dio cuenta que lo seguía, se volvió rápidamente me dijo: —Qué me sigues hijo de tal por cual. Me dio más coraje y le di un botellazo. El trató de sacar la pistola, pero yo le di otro y otro y otro hasta que cayó.

Me dio mucha lástima, porque pelaba tamaños ojotes y le salía mucha sangre.

Pero lo que dijo en la cantina de Juanita me dolió, señor Juez.

Usted dice que lo maté con ventaja, pero él era el que la tenía allá en el río con las mujeres, porque las agarraba solas, cuando nosotros andábamos en el campo. Además, yo le aseguro, por Diosito que me está viendo, que si no me lo echo, él me raja un plomazo y orita el difunto sería su servidor.

Así fue señor Juez. No me arrepiento, aunque me den muchos años de cárcel. Sé que ya no habrá más flores deshojadas en primavera y preñadas para el invierno.

Usted dice muchas cosas señor Juez. Que si con premeditación, que si con alevosía.

Pero si le hubieran hecho a su hermana lo que le hizo el amo Gabriel (en paz descanse) a la mía, tal vez no diría lo mismo. . .